

El debate TIC en red abiertas a la ciudadanía: ¿un recurso creciente para el conocimiento, la investigación y la tutela del patrimonio cultural?

| coordinan José María Martín Civantos, Maurizio Toscano y Elena Correa Jiménez

El archivo informal del CICdB

Mariló Fernández Indiano, Laia Ramos Segura, Francisco Rubio Perera, Marta Vallejo Herrando | LaFundició

URL de la contribución <<http://www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5338>>

El CICdB (Centre d'Interpretació de la Ciutat des de la Barraca) es una serie de procesos de creación e investigación colectivas dirigidos a restituir la memoria de la ciudad informal y activarla en el presente, a la construcción de conocimiento y prácticas instituyentes en torno a las manifestaciones informales –pasadas y presentes– de lo urbano. Una iniciativa que quiere adoptar estrategias, formas de hacer y perspectivas propias de la ciudad informal, de la barraca. Un trabajo en proceso desde 2015 que se articula en torno al Taller de historia, espacio de participación y organización colectiva abierto a los antiguos vecinos y vecinas de los barrios de barracas de l'Hospitalet, así como a todas aquellas personas interesadas.

A lo largo de este camino, nos hemos propuesto crear un archivo que responda a las características propias de la ciudad informal, y a la pregunta por cómo pensar un archivo desde la barraca¹. En tanto que el archivo es un dispositivo intrínsecamente formal, constituye

un elemento estructural de la ciudad formal; de modo que la idea de un archivo informal nos remite al oxímoron del “café descafeinado”. Así pues nos preguntamos: ¿Cuáles son los modos informales de preservar y custodiar? ¿Para qué necesitamos un cuadro de clasificaciones, fichas o categorías que definen y jerarquizan contenidos y limitan el acceso de la comunidad a las fuentes de conocimiento? ¿Cuál es la forma de lo informal?

Con el Taller de historia se desarrolla un proceso lento de deconstrucción y exploración; algunas personas se acercan al taller para entregarnos materiales o historias, colocándonos en la posición de custodios. Se trata, por lo general, de historias arquetípicas, que se repiten invariablemente: “Llegamos de aquí o de allá, pasamos muchas penurias pero también fuimos muy felices, luchamos y conseguimos nuestros pisos”; pero que también esconden deseos y dudas que no encuentran su lugar en ese relato “oficial”. Con el transcurso de las sesiones, esas historias se han ido deformando semana a semana, y han ido desbrozando otros senderos, otras historias, que permanecían ocultas bajo lugares comunes. El Taller de historia ha ido configurándose como un lugar en el barrio en el que pensar sobre todo esto y poner en juego otros andamiajes con los que soportar otro tipo de relatos.

“El archivo no es, ocurre”

Los protocolos del archivo son percibidos como un hecho natural, como algo que no puede ser de otra manera; sin embargo, dichos protocolos han sido históricamente contruidos y son el resultado de una lucha entre distintos grupos sociales por imponer sus propios modos de preservar la memoria. El archivo sucede de un modo específico: sus protocolos condicionan las posibilida-



Taller de historia | foto Centre d'Interpretació de la Ciutat des de la Barraca

des de hacer unas cosas u otras con los documentos, así como de que los propios documentos “hagan unas cosas u otras”, que puedan afectar y ser afectados: ¿Por qué guardamos documentos? ¿Y por qué lo hacemos así? ¿Quién los guarda?

Por ejemplo, en el Archivo Municipal de L'Hospitalet apenas existe una colección de fotografías de la visita del alcalde a la barriada de barracas de la Bomba en 1975, cuatro o cinco imágenes del sorteo de las primeras viviendas en el año 56 y la visita de un Obispo. Para poder verlas hay que pedir cita anticipada a Pepa (la archivera) con el motivo de nuestra visita, rellenar una ficha y, en el caso de querer reproducirlas, asumir el coste siempre que la autoría lo permita. Para hacer uso de las imágenes es obligatorio rellenar una segunda ficha con el motivo por el que se van a publicar. De igual modo, en el archivo de Cáritas, cuya archivera se llama Sherezade, es necesario solicitar por *mail* el acceso al archivo y a los documentos que queremos consultar, aquellos que imaginamos que podrían estar allí. Sentados frente a ella en un pequeño cuarto, la archivera nos va facilitando papeles y carpetas con informes de asistentes sociales sobre los asentamientos de Can Pi, La Cadena o La Bomba. Un listado de las familias, nombres y apellidos y sus direcciones que se elaboró previo al último sorteo de viviendas del Polígono Gornal. Sherezade empieza a colocar tiritas de *posits* sobre cada uno de los nombres, no los podemos ver, por la protección de datos. Algunos no necesitamos que nos los diga porque los conocemos, como el de la asistente social Francesca Vintró, y aunque se lo decimos, ella sigue poniendo papelitos sobre su nombre. Los papelitos además son medio transparentes. El archivo de Cáritas está aún en proceso de abrirse al público. Su protocolo no es claro y podemos conseguir que nos fotocopien algunos documentos siempre y cuando rellenemos y firmemos de nuevo unas fichas de compromiso sobre la privacidad y el uso de los datos.

Por casualidad, encontramos dentro de una carpeta del barrio de Can Serra, de L'Hospitalet, varios boletines vecinales, carteles y octavillas para las campañas

Taller d'història

Dels barris de La Bomba, Can Pi i La Cadena



Tots els dijous — de 18 a 20 h
Centre Cultural Bellvitge - el Gornal



L'Indicció

C/CdB
Centre Cultural de
la Ciutat de la
Barraça

de soporte mutuo y autoorganización de los años 60 y 70. En el barrio hoy apenas queda memoria de aquel momento histórico más allá de la que guardan las personas mayores. Las imágenes nunca las habíamos visto.

Hay un sinsentido en el hecho de que esos papeles, cuyo objetivo era ser reproducidos masivamente y pasar de mano en mano por las calles y entre las vecinas del barrio, estén ahora metidos en carpetas, catalogados, escondidos y lejos de la comunidad que los dotó en su momento de sentido. ¿Quién guarda y para qué? Intuimos que en los barrios se cuida. También intuimos que quizás los archivos guardan, incluso esconden, y desactivan los documentos amparados en el argumento de su preservación.

En los barrios se cuidan cosas, objetos que están vinculados a formas de hacer. Estos objetos activan ese recuerdo y problematizan la pérdida. Pero no importa tanto evitar que la foto se vaya deteriorando como construir los momentos en que esa foto nos ayude a pensar sobre aquello que representa.

El acercamiento a un archivo suele ser un acto individual. De una en una, solas ante los papeles y bajo la vigilancia de la archivera. Así se da la consulta. Podemos decir que, también en sus formas y en sus protocolos, el archivo se cierra al “hacer comunidad”. Por eso creemos que hay un malentendido con la cuestión del “acceso universal”. El archivo ocurre, y con esa forma particular de ocurrir niega múltiples apropiaciones a las comunidades, incluso a aquellas a las que interpelan directamente los documentos que los archivos custodian.

El documento es un rastro. Dejar rastro es, en muchas ocasiones, un privilegio. Por otro lado, borrar sus huellas ha sido, a menudo, una estrategia de supervivencia para las clases populares.

Narciso vino al taller de historia para compartir y reconstruir uno de los pedazos borrados de su historia: su abuelo era comunista, estuvo preso después de la guerra y le perdonaron la vida a cambio de que abandonara su pueblo y, con lo puesto, llegó a la barriada de la Bomba. Su abuela eliminó cualquier documentación reveladora que pudiera inculparles y evitó siempre que se hablara del tema en la casa, tenía miedo.

En el taller de historia Narciso, su tío Pepe, Carmen y Miguel, Ángela y sus hermanas van rehaciendo el tejido que se deshizo.

Uno de los debates que también se dan de forma recurrente en nuestro proceso de “hacer archivo” es la cuestión de lo digital, de la digitalización de documentos y el acceso en plataformas de internet. Podemos decir que la digitalización y las plataformas en internet que hablan de libre acceso están próximas al dispositivo del archivo. Publicar documentos en abierto en plataformas *on line*

no garantiza dotarlos de contexto y ni de una comunidad que los cuide y los vincule a modos de hacer. Pensar que todas tenemos acceso a entender y manejarnos con esas plataformas es irreal. Omitir que los documentos están ligados a formas de circulación que los dotan de sentido y de valor equivale a perder de vista los motivos por los que los preservamos.

En este punto, siempre nos acordamos de que Paco Candel escribió un libro, *Donde la ciudad cambia de nombre*, en el que cuenta los chismorreos de los y las vecinas de las casas baratas y las barriadas informales de Montjuïc. Sobre el escritor y lo que cuenta hay mucha polémica. Poco después publicó *¡Dios la que se armó!*, un segundo libro en el que relata el alboroto que generó su primera novela y las represalias por contar lo que no debía. En un momento, el escritor se pregunta el porqué del malestar si todo el barrio sabía lo que él explicaba. Sí, todo el barrio lo sabía, y también conocía los códigos que acompañaban toda esa información. En el momento en que el libro llegó a cualquiera, al “público general”, las historias se alejaron del sistema de valor y cuidado dentro del cual el barrio organizaba lo que sabía. En ese momento, las historias se descontextualizan y los vecinos y vecinas del escritor devienen un “otro” exótico.

No hay un campo en la ficha de ningún archivo que sirva para recoger esas formas de funcionar de los grupos humanos, porque esas formas no son estáticas y se negocian y mutan en la cotidianeidad.

En el Taller de historia los apodos de los vecinos y vecinas van y vienen en las conversaciones, pero cuando hay que escribir sobre alguna de ellas se opta por el nombre de pila y los apellidos. Muchas cosas pueden ser dichas pero no escritas.

En muchos momentos no hemos querido seguir los modos establecidos de hacer archivo. Una de las estrategias que podemos desplegar consiste en modificar los campos de los cuadros de clasificación. Esto es un gesto poético que puede cuestionar la objetividad que se pre-

supone al archivo, pero también es una forma de adecuar nuestro archivo al marco conceptual y a las formas de enunciación propias de la ciudad informal.

Como ejemplo, nuestro cuadro de clasificación carece del campo *Autor* o *Autora*, no nos interesa, no queremos reproducir esa lógica, no necesitamos saber quien firmó o escribió tal o cual texto o quien apretó el botón de la cámara fotográfica. Al fin, nuestro archivo quiere poner el acento en el cuidado y no en la autoría, visibilizar la figura de los y las cuidadoras, aquellas personas que guardaron en una caja de galletas o de zapatos, en un álbum o en un cajón, aquellos documentos que forman parte de un patrimonio colectivo que se ha intentado borrar. En nuestro archivo lo importante no son tanto los objetos o documentos, como los *haceres* a los que dichos objetos estaban vinculados; aquellas formas de estar en el mundo que han desaparecido. El acto de cuidar, en tanto que *hacer*, es lo que ha perdurado, el eco en el presente de un sistema de valores que cuestiona y pone en jaque las prácticas extractivistas y la engañosa noción de desarrollo con las que el capital mueve el mundo.

Retomando la cuestión de la digitalización, cabe decir que una parte de nuestro archivo se hace efectiva en una plataforma *online*. Desde un principio, la plataforma se construye tomando en cuenta las características propias de la ciudad informal, utilizando herramientas de código abierto e intentando que su gestión se haga de forma colectiva. Resulta difícil sortear la trampa del *acceso universal* que nos tiende el discurso de la digitalización. No cualquiera tiene acceso o sabe cómo utilizar determinadas tecnologías. Una parte de nuestra acción en torno al archivo digital se dirigía a formar y acompañar a las personas colaboradoras del CICdB que habían aportado sus archivos domésticos en la tarea de incorporar sus imágenes y documentos a la plataforma, así como describirlos, etiquetarlos y categorizarlos. En 2020 llegó la pandemia del COVID y se abortaron los procesos de trabajo en marcha, entre ellos los *archivatones*, sesiones de trabajo abiertas durante las que, colectivamente, se añadían documentos a la plataforma.

De acuerdo con lo comentado, desde esa plataforma no se pueden consultar los documentos, sólo compartimos los modos en que intentamos *hackear* el propio archivo, en tanto que dispositivo. Es por este motivo que, para poder tener acceso a los documentos, es necesario solicitarlo al Taller de historia y, de alguna manera, formar parte de esa comunidad que lo dota de sentido.

Todas las imágenes y documentos se reproducen y se guardan en el armario del taller, sin clasificar. Durante las tardes de los jueves cubren la mesa y dan pie a conversaciones. Al final de la tarde, una vez hemos acabado, se recogen y se vuelven a colocar aleatoriamente en alguna de las cajitas en las que estaban. Los días que decidimos salir a la calle ponemos sobre una mesa cartas, fotografías, dibujos, recortes de prensa... Los vecinos y vecinas que pasan por allí se paran curiosos, cogen los documentos, los miran, preguntan, se sientan y hablan con nosotras y esperan a otras vecinas para compartir con ellas sus historias.

NOTAS

1. En 2011 el comisario e investigador en arte contemporáneo Oriol Fontdevila y el equipo del archivo de la Fundació Antoni Tàpies nos invitaron a participar en el proyecto Prototipos en código abierto. El interés de la fundación era establecer nuevos vínculos con “los públicos” a partir de abrir el acceso al archivo de las exposiciones. Esto nos hizo preguntarnos por la estructura del archivo y su capacidad para legitimar el poder. En 2015, como parte de las actividades del Taller de historia, se propuso el seminario Hacer cosas con documentos con los recursos del proyecto Performing The museum impulsado por la propia Fundació Antoni Tàpies, la Galería Koroška de Bellas Artes y el Museo de Arte Contemporáneo de Vojvodina.